

mi y ni en la muerte hallé descanso: unos señores médicos despedazaron mi cuerpo sin aliviarlo, mi pobre cuerpo magullado y marchito por la concupiscencia bestial de toda una metrópoli viciosa....

Acógeme tú y resucítame ¿qué te cuesta?... ¿No has acogido tanto barro y en él infundido no has alcanzado que lo aplaudan y lo admiren?... Cuentan que los artistas son compasivos y buenos.... ¡mi espíritu está tan necesitado de una limosna de cariño!

¿Me quedo en tu taller?... ¿me guardas?

En pago,—morí muy desvalida y nada legué,—te confesaré mi historia. Y ya verás cómo, aunque te convenzas de que fui culpable, de sólo oírlo llorarás conmigo. Ya verás cómo me perdonas ¡oh, estoy segura, lo mismo que lo estoy de que me ha perdonado Dios!

Hasta aquí la heroína.

De mi parte debo repetir,—no para tí, sino para el público,—lo que el maestro de Auteuil declaró cuando la publicación de su "Fille Elisa":

*"Ce livre, j'ai la conscience de l'avoir fait austère et chaste, sans que jamais la page échappée à la nature délicate et brulante de mon sujet, apporte autre chose à l'esprit de mon lecteur qu'une méditation triste."*

F. G.

## PRIMERA PARTE

### I

A qui es,—dijo el cochero deteniendo de golpe á los caballos, que sacudieron la cabeza hostigados por lo brusco del movimiento.

La mujer asomó la cara; miró á un lado y otro de la portezuela, y como si dudase ó no reconociese el lugar, preguntó admirada:

—¡Aquí!... ¿en dónde?...

El cochero, contemplándola canallamente desde el pescante, apuntó con el látigo tendido:

—Allí, al fondo, aquella puerta cerrada.

La mujer saltó del carruaje, del que extrajo un lío de mezquino tamaño; metióse la mano en el bolsillo de su enagua y le alargó un duro al auriga:

—Cóbrense Ud.

Muy lentamente y sin dejar de mirarla, el cochero se puso en pie, sacó diversas monedas del pantalón, que recontó luego en el techo del vehículo, y por último, le devolvió su peso:



—No me alcanza; me pagará Ud. otra vez, cuando me necesite por la tarde. Soy del sitio de San Juan de Letrán, número 317 y bandera colorada. Sólo dígame Ud. cómo se llama...

—Me llamo Santa, pero cóbrese Ud.; no sé si me quedaré en esa casa... Guarde Ud. todo el peso,—exclamó después de breve reflexión, ansiosa de terminar el incidente.

Y sin aguardar á más, echóse á andar, de prisa, inclinado el rostro, medio oculto el cuerpo todo bajo el pañolón que algo se le resbalaba de los hombros; cual si la apenas encontrarse allí á tales horas, con tanta luz y tanta gente que de seguro la observaba, que de fijo sabía lo que ella iba á hacer. Casi sin darse cuenta exacta de que á su derecha quedaba un jardín anémico y descuidado, ni de que á su izquierda había una fonda de dudoso aspecto y mala catadura, siguió adelante, hasta llamar en la puerta cerrada. Si advirtió, confusamente, algo que semejaba césped raquitico y roído á trechos; arbustos enanos y uno que otro tronco de árbol; si le llegó un tufo á comida y á aguardiente, rumor de charlas y de risas de hombres; aún le pareció,—pero no quiso cerciorarse deteniéndose ó volviendo el rostro,—que varios de ellos se agrupaban en el vano de una de las puertas, que sin recato la contemplaban y proferían apreciaciones en alta y destemplada voz, acerca de sus andares y modales. Toda aturdida, desfogóse con el aldabón y llamó distintas veces, con tres golpes en cada vez.

La verdad es que nadie, fuera de los ociosos parroquianos del fonducho, paró mientes en ella;

sobre que el barrio, con ser barrio galante y muy poco tolerable por las noches, de día trabaja, y duro, ganándose el sustento con igual decoro que cualquiera otro de los de la ciudad. Abundan las pequeñas industrias; hay un regular taller de monumentos sepulcrales; dos obrerías italianas; una tintorería francesa de grandes rótulos y enorme chimenea cilíndrica de ladrillos, adentro, en el patio; una carbonería, negra siempre, despidiendo un polvo finísimo y terco que se adhiere á los transeuntes, los impacienta y obliga á violentar su marcha y á sacudirse con el pañuelo. En una esquina, pintada al temple, destácase "La Giralda", carnicería á la moderna, de tres puertas, piso de piedra artificial, mostrador de mármol y hierro, con pilares muy delgados para que el aire lo ventile todo libremente; con grandes balanzas que deslumbran de puro limpias; con su percha metálica, en semicírculo, de cuyos gruesos garfios penden las reses descabezadas, inmensas, abiertas por el medio, luciendo el blanco sucio de sus costillas y el asqueroso rojo sanguinolento de carne fresca y recién muerta; con nubes de moscas inquietas, voraces, y uno ó dos mastines callejeros, corpulentos, de pelo erizo y fuerte, echados sobre la acera sin reñir, dormitando ó atisbándose las pulgas con la mirada fija, las orejas enhiestas, muy cerca el hocico del sitio invadido, en paciente espera de las piltrafas y desperdicios con que los regalan. En la opuesta esquina, con bárbaras pinturas murales, un haz de banderolas en el mismísimo ángulo de las paredes de entrambas calles y sendas galerías de zinc en cada una



de las puertas, divisase "La Vuelta de los Reyes Magos", acreditado expendio del famoso "Santa Clara" y del sin rival "San Antonio Ometusco". Amén del jardín, que posee una fuente circular, de surtidor primitivo y charlatán por la mucha agua que arroja sin cansarse ni disminuirla nunca, no obstante las furiosas embestidas de los aguadores y del vecindario, que descuidadamente desparrama más de la que há menester, con lo cual los bordes y cercanías están siempre empapados, amén del tal jardín, luce la calle hasta cinco casas bien encaradas, de tres y cuatro pisos, balcones calados y cornisas de yeso; la cruzan rieles de tranvías; su piso es de adoquines de cemento comprimido, y, por su longitud, disfruta de tres focos eléctricos.

Ah! también tiene, frente por frente del jardín que oculta los prostíbulos, una escuela municipal, para niños!...

Con tan diversos elementos y siendo como era en aquel día, muy cerca de las doce, hallábase la calle en pleno movimiento y en plena vida. El sol, un sol otoñal de fines de agosto, caía á raudales, arrancando rayos de los rieles y una ténue evaporación de junto á los bordes de las aceras, húmedos de la lluvia de la víspera. Los tranvías, con el cascabeleo de los collares de sus mulas á galope y el ronco clamor de las cornetas de sus cocheros, deslizábanse con estridente ruido apagado, muy brillantes, muy pintados de amarillo ó de verde, según su clase, colmados de pasajeros cuyos tocados y cabezas se distinguían apenas, vueltas al vecino de asiento, dobladas sobre algún diario abierto ó contem-

plando distraidamente, en forzado perfil, las fachadas fugitivas de los edificios.

Del taller de los monumentos sepulcrales, de las cobrerías italianas y de "La Giralda" salían, alternados, los golpes de cincel contra el mármol y contra el granito; los martillazos acompasados en el cobre de cazos y peroles; y el eco del hacha de los carniceros que unas veces caía encima de los animales muertos y encima de la piedra del tajo, otras. Los vendedores ambulantes, pregonaban á gritos sus mercancías, la mano en forma de bocina, plantados en mitad del arroyo y posando el mirar en todas direcciones. Los transeuntes, describían moderadas curvas para no tropezar entre sí; y escapados por los abiertos balcones de la escuela, cerníanse fragmentos errabundos de voces infantiles, repasando el silabario con monótono sonsonete:

—B-a, ba; b-e, be; b-i, b-i; b-o, bo...

Como tardasen en abrirle á Santa, involuntariamente se volvió á mirar el conjunto; pero cuando estalló en la Catedral el repique formidable de las doce; cuando el silbato de vapor de la tintorería francesa lanzó á los aires con recta columna de humo blanco, un pitazo angustioso y agudísimo, y sus operarios y los de los demás talleres, recogiendo las blusas azulosas y mugrientas, encendiendo el cigarrillo con sus manos percutidas, empezaron á salir á la calle y á obstruir la acera mientras se despedían con palabrotas, con encogimientos de espaldas los serios, y los viciosos, de bracero, enderezaban sus pasos á "Los Reyes Magos"; cuando los chicos de la escuela, empujándose y armando un



zipizape de mil demonios, libros y pizarras por los suelos, los entintados dedos enjugando lágrimas momentáneas, volando las gorras y los picarescos semblantes enmascarados de traviesa alegría, entonces Santa llamó á la puerta con mayor fuerza aún.

—¡Qué prisa se trae Ud., caramba!... ¿Doña Pepa, la encargada?... Sí está, pero está durmiendo.

—Bueno, la esperaré, no vaya Ud. á despertarla,—repuso Santa, muy aliviada de haber escapado á las curiosidades de la calle,—la esperaré aquí, en la escalera...

Y de veras se sentó en la segunda grada de una escalera de piedra, de medio espiral, que arrancaba á pocos pasos de la puerta. La portera, humanizada ante la belleza de Santa, primero sonrió con simiesca sonrisa, y luego la sujetó á malicioso interrogatorio: ¿iba á quedarse con ellas, en esa casa? ¿dónde había estado antes?

—Ud. no es de México...

—Sí soy, es decir, de la capital nó, pero sí de muy cerca. Soy de Chimalistac... abajo de San Angel,—añadió á guisa de explicación,—se puede ir en los trenes... ¿no conoce Ud.?

La portera sólo conocía San Angel por sus ferias anuales, á las que en ocasiones acompañaba á la "patrona", que se perecía por el juego del "monte". Y cautivada con la figura de Santa, con su exterior candoroso y simple, fué aproximándose hasta recargar un codo en el barandal de la propia escalera; condolida casi de verla allí, dentro del antro que á ella le daba de comer; antro que en cortísimo tiempo devoraría aquella hermosura y aquella carne joven que

ignoraba seguramente todos los horrores que la esperaban.

—¿Por qué va Ud. á echarse á esta vida?...

No le contestó Santa porque en el mismo momento oyóse el estruendo de una vidriera abierta de repente y una voz femenil, muy española:

—¡Enfrasia! pide dos anisados grandes con agua gaseosa, en casa de Paco; dile que son para mí...

Alzóse de hombros la interlocutora de Santa, á modo de quien se resigna á padecer de incurable dolencia; introdujo á "la nueva" en el salón pequeño, y sin más rebozo ni más nada, salió á cumplir el mandato, no sin censurar la carencia de monedas con un portazo sonoro y seco.

Cual si el pedido de los dos anisados representase una campanilla de aviso, la casa entera despertó, de manera rara, muy poco á poco, confundidos los cantos con las órdenes á gritos; las risas con los chancleteos sospechosos; el abrir y cerrar de vidrieras con la caída de aguas en baldes invisibles; las carcajadas de hombres con una que otra insolencia brutal, descarnada, ronca, que salía de una garganta femenina y hendía los aires impúdicamente... Santa escuchaba azorada, y su mismo azoramiento fué parte á que no siguiese el primer impulso de escapar y volverse, si no á su casa,—porque ya era imposible,—siquiera á otra parte donde no se dijese aquellas cosas. Pero no se atrevió ni á moverse, temerosa de que la descubrieran ó un crugido de su silla la delatará á esos hombres y mujeres que se adivinaban allá, dentro de las habitaciones del inmueble, en desnudeces y contactos



extraños. De tal suerte, que no se dió cuenta del regreso de Eufrasia, y la sobresaltó el que se le acercara diciéndole:

—¿Quiere Ud. pasar á ver á doña Pepa? Ya despertó.

Siempre confusa, siguió á la criada escaleras arriba; con ella cruzó dos pasillos oscuros y mal olientes, una sala con dos camastros por la alfombra todavía,—de las sirvientas quizá,—y en la atmósfera, acres olores á vino y á tabaco. En un rincón, un piano vertical sin cerrar, lucía su teclado que en la penumbra parecía una dentadura monstruosa. Luego, atravesó Santa un corredor; escuchó muy próximo, aunque sin atinar con el rumbo preciso, chirriar de fritos en una sartén; bajó una escalera, y en el ángulo del reducidísimo patio, pararon frente á una puerta de vidrios apagados.

—Señora,—gritó Eufrasia, al par que llamaba en ellos con los nudillos,—aquí está “la nueva“.

Del interior del cuarto contestó una voz gruesa:

—Entra, hija, entra, empujando nada más...

La propia Eufrasia empujó, cedió la puerta, y Santa, que á nadie descubría en las negruras de la estancia cerrada, transpuso el dintel.

—Acércate, chiquilla... ¡cuidado!... sí, es una mesa. Pero acércate más, por ahí, por la derecha... eso es, acércate hasta la cama...

Hasta la cama se acercó Santa, sin ver apenas, guiada por las palabras que oía y no avanzando sino con muchos miramientos y pausas. Chocábale oír, á la vez que las palabras de aquella mujer que aún no conocía, unos ronquidos tenaces, de hombre corpulento y que no ce-

saron ni cuando con las rodillas topó contra el borde de la cama.

—Conque tú eres la del campo?—preguntó Pepa medió incorporándose sobre las almohadas que por almidonadas y limpias sonaron cual si estuviesen fabricadas de materia quebradiza,—¿y cómo te llamas?... Aguarda, aguarda, no me digas... Si ya lo sé, nos lo contó Elvira...

—Me llamo Santa,—replicó ésta con la misma mortificación con que poco antes lo había declarado al cochero.

—Eso, eso es, Santa,—repitió Pepa riendo,—mira que tiene gracia!... Santa!... Sólo tu nombre te dará dinero, ya lo creo; es mucho nombre ese.

Y al compás de su risa, sonaban ingratamente los resortes del lecho. Los ronquidos, de súbito, se interrumpieron.

Espontánea la risa de Pepa, no ofendió á Santa, antes sonrió en la sombra que la amparaba, habituada de tiempo atrás á que su nombre produjese,—á lo menos en los primeros momentos,—resultado semejante: ó incredulidad ó extrañeza.

—Pero, niña,—exclamó Pepa, que había comenzado á palparla como al descuido,—qué durezas te traes!... Si pareces de piedra!... Vaya una Santita.

Y sus manos expertas, sus manos de meretriz envejecida en el oficio, posábanse y se detenían con complacencias inteligentes en las mórbidas curvas de la recién llegada, quien, se puso en cobro de un salto, con la cara que le ardía y ganas de llorar ó de arremeter contra la que se permitía examen tan liviano.



—¿Qué ocurre?—interrogó el galán acostado junto á Pepa.

—Que ha venido “la nueva”. Duérmete.

—¡La nueva!... ¡la nueva!...—Y se oyó distintamente que se desperezaba al volverse á la pared y que reía muy por lo bajo.

Pepa saltó de la cama, dirigiéndose á abrir las maderas de una ventana, con la seguridad del que pisa terreno conocido. La pieza se iluminó.

Ah! la grotesca figura de Pepa, á pesar del largo camión que le cubría los desperfectos del vicio y de los años! Sus carnes marchitas, exuberantes en los sitios que el hombre ama y estruja, creeríase que no eran suyas ó que se hallaban á punto de abandonarla por inválidas é inservibles ya para continuar librando la diaria y amarga batalla de las casas de prostitución. Conforme se inclinó á recoger una media; conforme levantó los desnudos brazos para encender un cigarro; conforme hundió en la jofaina la cara y el cuello, su enorme vientre de vieja bebedora, sus lacios senos abultados de campesina gallega oscilaban, oscilaban asquerosamente, con algo de bestial en sus oscilaciones. Sin el menor asomo de pudor, seguía en sus arreglos matutinos, locuaz con Santa, que, de vez en cuando, le respondía por monosílabos. Desde luego simpatizó con ella, como simpatizaban, todos frente á la provocativa belleza de la muchacha, belleza que todavía resultaba más provocativa, por una manifiesta y sincera dulzura que se desprendía de su espléndido y semi-virginal cuerpo de diecinueve años.

—Apuesto á que te habrán dicho horrores de nosotras y de nuestras casas ¿verdad?...

Santa se encogió de hombros y mal dibujó en el aire, con los brazos extendidos, un gesto vago... ¿Qué sabía ella?...

—Vengo,—agregó,—porque ya no quepo en mi casa, porque me han echado mi madre y mis hermanos; porque no sé trabajar, y sobre todo, porque... porque juré que pararía en esto y no lo creyeron. Me da lo mismo que estas casas y esta vida sean como se cuenta ó que sean peor... mientras más pronto concluya una será mejor... por suerte ya no quiero á nadie...—Y se puso á mirar los dibujos de la alfombra, algo dilatada la nariz, los ojos á punto de llorar.

Ocupada en pasarse una esponja por el cuello y las mejillas, Pepa asentía sin formular palabra, reconociendo para sus adentros de hembra vulgar y práctica, una víctima más en aquella muchacha quejosa é iracunda á la que sin duda debía doler espantosamente algún reciente abandono. La eterna y cruel historia de los sexos en su alternativo é inevitable acercamiento y alejamiento, que se aproximan con el beso, la caricia y la promesa para separarse, á poco, con la ingratitude, el despecho y el llanto...! Pepa conocía esa historia, habíala leído y releído; no siempre había sido así,—y señalaba sus muertos encantos, los que escasamente sólo servíanle ya para encadenar á un toro humano, como el acostado en su propia cama, borracho perdido, que acababa su mísero vivir sin oficio ni beneficio, prófugo ó licenciado de Dios sabría cuántos presidios, con los dineros que ganaba ella, Pepa, pe-



so á peso y á costa de... una porción de cosas.

—¿Quieres beber un trago conmigo?—dijo, y sacó de su ropero una botella de aguardiente blanco,—toma, no seas tonta; esto es lo único que nos da fuerzas para resistir á los desvelos... ¿no?... bueno; ya te acostumbrarás.

Apuró su copa bien llena, de pie junto á Santa que no perdía ripio, y continuó en su arranque de confianzas repentinas, principiadas tras el móvil de imponerse á la neófito y seguidas por interna necesidad de dar salida de tiempo en tiempo á lo visto y sufrido; de desahogarse un tantico; de dejar que esa especie de agua estancada y pútrida se esparciese con su charla y fuera á anegar otros corazones y otras mujeres, sin que se le ocultara que no le hacían maldito el caso.

—Tú misma, que ahora me ves y oyes espantada, tampoco has de apreciar esto. Te sientes sana, con pocos años, con una herida allá en tu alma, y no te conformas; quieres también que tu cuerpo la pague... pues menudo que es el desengaño, hija; el cuerpo se nos cansa y se nos enferma... huirán de ti y te pondrás como yo, hecha una lástima, mira...

E impudicamente se levantó el camisón, con trágico ademán triste, y Santa miró, en efecto, unas pantorrillas nervudas, casi rectas; unos muslos deformes, ajados, y un vientre colgante, descolorido, con hondas arrugas que lo partían en toda su anchura, cual esas tierras exhaustas que han rendido cosechas y cosechas enriqueciendo ciegamente al propietario, y que al cabo pierden su secreta é irremplazable savia, para

sólo conservar la huella del arado, á modo de marca infamante y perpétua.

—Fui muy guapa, no te creas, tanto ó más que tú, y sin embargo me encuentro atroz, reducida á cuidar de una casa de estas, y gracias; reducida á que me tolere y diz que me quiera eso que ya no es hombre ni es ná, que es una ruina igual á mí... que hablo de lo que no me importa, más que una cotorra. No me hagas caso ¡qué tontería! ni les repitas á las otras que te he sermoneado... Me pongo mi bata ¿ves? los zapatos de calle en un instante, así; cojo el pañolón y me marchó contigo, vamos... Ah, aguarda... Diego!... Diego!... que me voy, hombre... ahí queda el "catalán", sí, en el lavabo.

—Que te vas ¿y por qué te vas?—balbuceó el hombrón, que cerró los ojos arrugándolos mucho, de encontrarse con los chorros de luz que se entraban por puerta y ventana.

—Porque hay que llevar al registro á esta criatura y que bañarla y alistarla para la noche. ¿No has visto lo mismo cien ocasiones?

—Anda y que te maten, gorrina, á tí y á la nueva,—recalcó, riendo por lo bajo una segunda vez.—Alcánzame el aguardiente, prenda...

En verdadero período sonambúlico encaminóse Santa en pos de Pepa. Salieron por diverso zaguán; costearon el jardinillo entrevisto por Santa cuando su arribo; se metieron en un coche que parecía apostado esperándolas; dió Pepa una orden y ¡hala! á correr varias calles, á torcer en la esquina de ésta, á detenerse en la mitad de aquélla, á esquivar un carro, á igualarse momentáneamente con un tranvía, y muchos ve-



hículos, mucha gente, mucho sol, mucho ruido...

Pepa iba fumando, risueña, sin cuidarse de Santa, á la que acababa de comunicarle parte de sus amarguras de pecadora empedernida. De pronto, paró el carruaje á la orilla de otro jardín pequeño que separa á dos iglesias, frente á un parque grande, la Alameda,—si no engañaban á Santa sus recuerdos,—y Pepa, muy enseñada y autoritaria, la previno:

—Cuidado y me contradigas, ¿oyes? Yo responderé lo que haya de responderse, y tú, deja que te hagan lo que quieran...

—¡Que me hagan lo que quieran!... ¿quién?...

—Borríca! si no es nada malo; son los médicos que quizá se empeñen en reconocerte ¿entiendes?

—Pero es que yo estoy buena y sana, se lo juro á Ud.

—Aunque lo estés, tonta, esto lo manda la autoridad y hay que someterse; yo procuraré que no te examinen. Abajo! anda...

A partir de aquí, hasta la hora de la comida de la noche, Santa embrollaba los sucesos; su pobre memoria, cual si se la hubiesen magullado, conservaba precisos y netos detalles determinados, pero en cambio adulteraba otros, los culminantes más que los de escasa significación. Acostada en la cama que le dieron por suya,—una cama matrimonial, de bronce, con mullidos colchones y más dorados en columnas y barandales que la capilla de su pueblo; abriéndole la cabeza una jaqueca tremenda, que la obligó á permanecer dos horas sin despegar los ojos,—no recordaba lo que los médicos le ha-

bían hecho cuando el reconocimiento, que al fin efectuaron después de excepcional insistencia;—recordaba mejor un retrato litográfico, dentro de barnizado marco de madera, de un señor muy extraño, con traje militar y pañuelo atado en la cabeza; recordaba los anteojos de uno de los doctores, que sin cesar le resbalaban de las narices; recordaba la vulgar fisonomía de un enfermero que la miraba, la miraba como con ganas de comérsela... Del reconocimiento en sí, nada; que la hicieron acostarse en una especie de mesa forrada de hule algo mugriento; que la hurgaron con un aparato de metal y... nada más, si, nada más... También que el cuarto olía muy mal, á lo que se pone debajo de la cama de los muertos, y á esto... ¿cómo se llamaba?... Yoto, yolo... ah! "yogroformo," una cosa pestilente y dulzona, que marea y coge la garganta.

Lo que si recordaba á maravilla era que al incorporarse y arreglarse el vestido, los doctores la tutearon y aun le dirigieron bromas pesadas, que provocaban grandes risas en Pepa y enojos en ella, que desconocía el derecho de esos caballeros para burlarse de una mujer...

Como al propio tiempo se le viniese á las mientes el otro calificativo, el que á contar de entonces correspondiale, cerró más sus ojos, llegó á taparse fuertemente con la mano el oído opuesto al que la almohada resguardaba, recogió las piernas flexionando las rodillas, y, sin embargo, el vocablo vino y le azotó las sienes y el cráneo entero, por adentro, le aumentó la jaqueca.

—¡No era mujer, nó; era una...!



Por segunda vez en su trágica jornada, ganó la tentación de marcharse, de huir, de retornar á su pueblo y á su rincón, con su familia, sus pájaros, sus flores... donde siempre había vivido, de donde nunca creyó salir y arrojada por sus hermanos, menos... ¿Qué harían sin ella? ¿La habrían olvidado tan pronto?... La acongojó á un punto suponerse olvidada, que con brusco movimiento sentóse en el borde de la cama, caídas las manos sobre el vestido, en el hueco que medio indicaban sus piernas entreabiertas; los pies sin tocar la alfombra, en maquinal é inconsciente balanceo, y la mirada fija, clavada allá en el pueblo, en el humilde y riente hogar decorado de campánulas, heliotropos y yedra, manchado por ella, al que no regresaría nunca más, nunca, nunca...

Tan miserable y abandonada se sintió, que escondió el rostro en la almohada, tibia de haber sustentado su cabeza, y se echó á llorar mucho, muchísimo, con hondos sollozos que le sacudían el encorvado y hermoso cuerpo; un raudal de lágrimas que acudían de una porción de fuentes: de su infancia campesina, de unas miajas de histerismo y del secreto duelo en que vivía por su desdichada pureza muerta.

La distensión nerviosa que el llanto trae consigo y el gasto de fuerzas realizado durante el día íntegro, la amodorraron, brindáronle un remedo de sueño muy parecido al de los niños cuando sufren; con sollozos postrimeros y suspiros intermitentes y rezagados, que de improviso brotan y en un segundo se desvanecen y evaporan, cual si al fin se reunieran con el do-

lor que á ellos los engendró y á nosotros acaba de abandonarnos. De ahí que no se enterara á las derechas de los ruidos inciertos que tales casas ofrecen por las tardes ni de las visitas, más dudosas todavía, que las frecuentan: corredoras de alhajas de turbia procedencia; toreros que no son admitidos en las noches para que no se alarme la parroquia de paga, que en cada individuo de coleta teme encontrar á un asesino; jóvenes decentes que dan sus primeros pasos en la senda alegre y pecaminosa; maridos modelos y papás de crecidas proles, que no pueden prescindir del agrio sabor de una fruta que aprendieron á morder y á gustar cuando pequeños; enamorados de "esas mujeres", que anhelan hallarlas á solas y forjarse la ilusión de que sólo ellos las poseen, aunque los lechos por hacer y las ojeras y palideces de sus dueñas, delaten los combates de la víspera, la venta de caricias y los desfrenos de la lascivia.

De la calle, subía un rumor confuso, lejano, gracias al jardín que separa la casa del arroyo y á que el cuarto de Santa era interior y alto, con su par de ventanas colgadas de zurcidas cortinas de punto y enfrentando un irregular panorama de techos y azoteas; una inmensidad fantástica de chimeneas, tinacos, tiestos de flores y ropas tendidas, de escaleras y puertas inesperadas, de torres de templos, astas de banderas y rótulos de monstruosos caracteres; de balcones remotos cuyos vidrios, á esa distancia, diríase que se hacían añicos, golpeados por los oblicuos rayos del sol descendiendo ya por entre los picachos y crestas de las montañas,